

Unamigos Ciclo A Domingo 33

La fe apostólica dice : Jesús es el Señor y debe estar presente como protagonista principal de la vida de la iglesia. Y ya volvió.

La cristiandad dice; "Subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios. Y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Está ausente.

1. 1 Tesalonicenses 5,1 El Señor ausente o presente.

1 Acerca de fechas y momentos no hace falta que les escriba; 2 porque ustedes saben exactamente que el día del Señor llegará como ladrón nocturno, 3 cuando estén diciendo: qué paz, qué tranquilidad; entonces, de repente, como los dolores del parto le vienen a la mujer embarazada, se les vendrá encima la destrucción, y no podrán escapar.

4 A ustedes, hermanos, como no viven en tinieblas, no los sorprenderá ese día como un ladrón.

5 Todos ustedes son ciudadanos de la luz y del día; no pertenecemos a la noche ni a las tinieblas. 6 Por tanto, no durmamos como los demás, sino vigilemos y seamos sobrios. Los que duermen lo hacen de noche; 7 y los que se emborrachan también. 8 Nosotros, en cambio, que somos del día, permanezcamos sobrios, revestidos con la coraza de la fe y el amor, y con el casco de la esperanza de salvación.

9 A nosotros Dios no nos ha destinado al castigo, sino a poseer la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, 10 el cual murió por nosotros, de modo que, despiertos o dormidos, vivamos siempre con él. 11 Por tanto, anímense y fortalézcanse mutuamente, como ya lo están haciendo.

Desde que se encontró con el Viviente, Pablo vive su fe cristiana con Jesús presente y vivo junto a él. No concibe el reino de Dios implantado por Jesús, sin el protagonista principal vivo y presente. Pero en cierto sentido está ausente, no lo estamos viendo. Murió, pero de un momento a otro vendrá a presidir el reino.

1 Acerca de fechas y momentos no hace falta que les escriba; 2 porque ustedes saben exactamente que el día del Señor llegará como ladrón nocturno, 3 cuando estén diciendo: qué paz, qué tranquilidad; entonces, de repente, como los dolores del parto le vienen a la mujer embarazada, se les vendrá encima la destrucción, y no podrán escapar.

2. Cristo está presente con nosotros y en nosotros. Nosotros somos su presencia. Las iglesias ya viven con Jesús presente. No se admite otra presencia sustituta

4 A ustedes, hermanos, como no viven en tinieblas, no los sorprenderá ese día como un ladrón.

5 Todos ustedes son ciudadanos de la luz y del día; no pertenecemos a la noche ni a las tinieblas. 6 Por tanto, no durmamos como los demás, sino vigilemos y seamos sobrios. Los que duermen lo hacen de noche; 7 y los que se emborrachan también. 8 Nosotros, en cambio, que somos del día, permanezcamos sobrios, revestidos con la coraza de la fe y el amor, y con el casco de la esperanza de salvación.

9 A nosotros Dios no nos ha destinado al castigo, sino a poseer la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, 10 el cual murió por nosotros, de modo que, despiertos o dormidos, vivamos siempre con él. 11 Por tanto, anímense y fortalézcanse mutuamente, como ya lo están haciendo.

Los cristianos en la iglesia viven siempre con el Señor. Solo falta que se haga visible. Pablo sigue hablando del «*día del Señor*».

Pablo lo describe mediante imágenes de la tradición evangélica, como la del ladrón que llega en la noche (cfr. Mt 24,43s; Lc 12,29s; Ap 3,3), o como los dolores de parto que acaecen de repente, sin avisar (cfr. Jn 16,21). La sorpresa de su venida afectará de manera radicalmente diversa a las personas, según estén preparadas o no.

«Ustedes y nosotros», los que vivimos en iglesia, no nos sorprenderá ese día el ladrón, pues no vivimos a oscuras; somos todos «*ciudadanos de la luz y del día*» (5); nos ha *destinado «a la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo»* (9). La presencia del Señor es el día, el sol para la iglesia. Y el morir con Cristo por el bautismo cristiano es el acto de presencia de Jesús. Un Nuevo Universo, con un nuevo sol, El Viviente que es Jesús.

Por otra parte están los que no viven en iglesia de amor, «*ellos*», «*los otros*», «*los demás*», son los que no están preparados para el «*día del Señor*», los alejados de Dios, los que confían en su seguridad, los que dicen con autocomplacencia «*qué paz, qué tranquilidad*» (3), sin sospechar lo que se les viene encima. Son los que pertenecen a la noche y a las tinieblas (5), los que están dormidos (6), los que al amparo de la noche se dedican a la borrachera y el desenfreno. A todos ellos, en el día

del Señor, «*se les vendrá encima la destrucción y no podrán escapar*» (3), para ellos será el castigo (9). Todo su discurso es una exhortación a permanecer alertas y vigilantes: eso es lo decisivo.

Son dos grupos. Nosotros, que vivimos en iglesia; y los otros, el resto de la humanidad, todos los hombres y mujeres, incluidos los judíos. Los describe con imágenes opuestas y en contraste: luz-tinieblas, día-noche, vigilia-sueño.

Con la visión del «día del Señor», presentada con ese despliegue fascinante de imágenes tomadas de la literatura apocalíptica, el Apóstol no hace discriminación entre buenos y malos, ni mucho menos afirma la predestinación de «nosotros, con nuestros méritos,» –los cristianos– a la salvación, y la de «ellos» –los no cristianos–, al castigo.

Todos los seres humanos, como criaturas de este mundo, tenemos como final normal la muerte. Pertenecemos a la vida mortal, con el descanso eterno.

Pero Dios, desconocido de la humanidad, no juez universal sino como Padre y Madre, en una nueva y asombrosa decisión sobre todo el universo, ofrece la salvación en Jesucristo a todos sin excepción, como un don, iniciativa de la gratuidad divina.

Como regalo, tiene que ser aceptado libremente, lo cual implica una colaboración activa que se traduce en una permanente actitud de vigilancia y compromiso.

Nosotros, los que vivimos en iglesia de amor que da la vida por los hermanos, somos los que hemos acogido ya la inaudita propuesta de Dios en Jesús.

Pablo asemeja este estado de «vigilia» o de «ser ciudadanos de la luz» a un combate que hay que librar: «*revestidos con la coraza de la fe y el amor, y con el casco de la esperanza de salvación*» (8). Los tres hechos asombrosos que nos transfiguran. y las tres fidelidades, para el combate de cada día. 1. Somos hijos de Dios. 2. Nos amamos hasta morir unos por otros. 3 Tenemos asegurada la vida eterna.

Pablo concluye con una palabra de aliento: lo importante no es estar vivos o muertos cuando el Señor venga, lo importante es que «*vivamos siempre con él*» (10). Y esto quiere decir «*ahora*», en esperanza alerta y vigilante, y cuando llegue «*el día*», en un encuentro que no tendrá fin.

La esperanza de la resurrección –o el cielo que esperamos– exige permanente actividad aquí en esta vida, compromiso y lucha por establecer en nuestro mundo las iglesias como sociedades alternativas de amor fraterno, al servicio del amor sin fronteras y de la fraternidad universal.

La cuarta fidelidad es la acción de gracias, la Eucaristía permanente.

Y la quinta fidelidad es la esperanza como nueva vida eterna que transforma la historia. «*En Dios Padre y en el Señor Jesucristo*» (1,1).

Es hermoso comprobar que las cinco fidelidades son la esencia de la fe apostólica que Pablo formula desde el año 50 al 60, y sus discípulo, del 60 al 80.

Opción absoluta de la fe apostólica por el protagonismo necesario de Jesús presente en la iglesia.

Después de la muerte de Pablo y de todos los discípulos de Jesús y de María, la madre del Mesías, y de todos los contemporáneos de Jesús, en las grandes tradiciones del Nuevo Testamento, queda definido como fe fundante que el Señor vive en la iglesia. De modo que vivos o muertos, como dice Pablo, vivimos con él.

Y con él, se despliegan los tres hechos asombrosos: 1) que somos constituídos hijos de Dios al modo de Jesús, 2) nos amamos el uno al otro como expresión del amor a Dios, y 3) tenemos vida eterna. Todo esto lo vivimos en la iglesia.

Tenemos las tres fidelidades esenciales de nuestra teología complementadas con las otras dos: 1. La vida continua de acción de gracias, de Eucaristía celebrada en la vida fraterna, y 2. el compromiso de transformar la historia haciendo de la iglesia, comunidad obediente a Jesús, una sociedad política alternativa frente a los demás, que interpele permanentemente el entorno sociológico.

Es bueno tener presentes las últimas recomendaciones de Pablo: 12 Les pedimos, hermanos, que tengan respeto a los que trabajan entre ustedes, los gobiernan y aconsejan en nombre del Señor; 13 muéstrenles cariño y afecto por su trabajo. Vivan en paz unos con otros. 14 Esto les recomendamos, hermanos: reprendan a los que no quieren trabajar, a los desanimados, ánimenlos, a los débiles socórranlos y con todos sean pacientes.

15 Cuidado, que nadie devuelva mal por mal; busquen siempre el bien entre ustedes y con todo el mundo. 16 Estén siempre alegres, 17 oren sin cesar, 18 den gracias (eucaristía) por todo. Eso es lo que quiere Dios de ustedes como cristianos. 19 No apaguen el fuego del espíritu, 20 no desprecien la profecía, 21 examínenlo todo y quédense con lo bueno, 22 eviten toda forma de mal. 23 El Dios de la paz los santifique completamente; los conserve íntegros en espíritu, alma y cuerpo, e irreprochables para cuando venga nuestro Señor Jesucristo.

24 El que los llamó es fiel y lo cumplirá. 25 Rueguen [también] por nosotros, hermanos. 26 Saluden a todos los hermanos con el beso santo. 27 Por el Señor les recomiendo que lean esta carta a todos los hermanos. 28 La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con ustedes.

La cristiandad conservó este saludo: “Dominus vobiscum.” El Señor esté con ustedes. Lo convirtió en un deseo ritual, que solo el sacerdote puede hacer. Y, además, se dirige a la multitud. La fe apostólica, en cambio expresa al decir el Señor está con ustedes la fe en la presencia de Cristo en la eclesía, los que viven con el beso santo y la permanente eucaristía. Es un saludo exclusivo de los que viven según la voluntad de Cristo. La respuesta sería

“Y nosotros vivimos como él quiere y damos la vida por los hermanos”.

El deseo fundamental de Pablo es sobre la armonía interna de las comunidades. Lo interesante de este final epistolar es que esta armonía y paz comunitaria están bajo la responsabilidad «*de los que trabajan entre ustedes, los gobiernan y aconsejan en nombre del Señor*» (12).

El propósito de la página web

Al comenzar esta página web establecimos, como sol de todo, la fe apostólica, como se formuló hacia el año 80, después de la muerte de Pablo y de los acontecimientos cruciales del año 70: El judaísmo tradicional se hundió. Este hecho y sus consecuencias convencieron a las comunidades cristianas de que el Señor ya está presente y triunfador en la comunidad cristiana, y que no se necesita otra venida del Señor.

Este hecho, de la presencia del Señor, movió a todas las eclesías a seguir con mayor entusiasmo la vivencia cristiana como Pablo la había enseñado. Y lo mismo sucedió a las comunidades surgidas alrededor del

discípulo amado y de las iglesias o *episinagogas*, de la carta a los hebreos. (10, 23.)

3. La presencia real del Señor, opción absoluta de la fe apostólica por el protagonismo necesario de Jesús presente en la iglesia.

Pablo dice que sigan viviendo, despiertos y vigilantes, como han aprendido. Ustedes viven como si Cristo ya hubiera venido. Sigamos con el mismo entusiasmo. Ustedes ya tienen la presencia real del Señor en sus hermanos, en la iglesia. Dedíquense a ellos, que eso es hacer a Jesús presente en las relaciones históricas de unos con otros, en la autonomía de nuestra historia humana.

La Tradición Apostólica mantuvo esta convicción, en los tres primeros siglos "*Los discípulos cumplieron la voluntad de Jesús edificando iglesias en cada lugar.*"

Son las iglesias domésticas, o comunidades obedientes a Jesús, o grupos de personas y de familias en alianza de amor mutuo y de vivencia comunitaria: eran un solo corazón y una sola alma, ponían cosas en común y no había indigentes entre ellos. Se reúnen semanalmente o varias veces por semana para vivir esa comunión, con la acción de gracias o eucaristía: la *jaris* o presencia del Señor. Él está con nosotros.

Como Jesús humano, -nacido de mujer, de los genes y ADN de David, de la tribu de Judá, está entre ellos, no necesitan una religión.

No necesitan **templo** porque tienen las casas de los participantes. De ahí la palabra "*comunidades domésticas.*" No necesitan **sacerdotes**. Nadie en el Nuevo Testamento menciona la necesidad de unos sacerdotes con vocación o elección divina. Nadie rezó por las vocaciones sacerdotales.

En efecto, los sacerdotes son necesarios para ofrecer los sacrificios, y nadie mencionó la necesidad de sacrificio, muerte o sufrimiento, para expiar por los pecados.

Según la fe apostólica, Jesús murió para inducirnos a morir por los hermanos, dar la vida por ellos; a morir con Cristo para engendrar hijos al Padre. El sacrificio era el de Rm 12. No se necesita mediador entre la comunidad y Dios, porque Dios se acercó a nosotros en Jesús que nos enseña a agradecer a Dios ´ por la compasión de unos con otros, en nuestra

autonomía histórica humana. Para estar con Dios solo necesitamos a Jesús. No necesitamos una religión, porque tenemos a Jesús para cambiar esta creación por la fuerza del amor fraterno.

Recordemos que Jesús expulsa a los vendedores del templo. Dios no se compra con dinero y sacrificios religiosos. Y por esa denuncia de Jesús, lo matan a él. El imperio sí necesita dinero; y, por eso, "*dad al César lo que es del César.*" Jesús dice a los escribas, sacerdotes y piadosos "*Se les quitará la administración de la viña y del reino.*" Jesús hace la tarea en lugar de la religión. Y crucifican a Jesús y lo matan.

Muriendo, Jesús demuestra que vale la pena sufrir y morir para cambiar la religión, y en su lugar poner a Jesús. Y con su muerte, Jesús nos invita a morir para reemplazar la religión y dar la vida, no como sufrimiento y sacrificio expiatorio sino como vida nueva de amor y servicio mutuos. La vida de amor fraterno en la eclesía, muerte de unos por otros, es la complacencia del Padre. Es el amor mutuo de personas humanas, y eso *no es religión*.

El sufrimiento que exige la religión no agrada a Dios. Le agrada el sufrimiento y la muerte para cambiar la religión y reemplazarla por la vivencia y presencia del Señor Jesús en la eclesía-Jesús.

Esto es de una importancia colosal, es el paso de la cristiandad y de la justicia divina de la cristiandad, a la gratuidad del Padre en Jesús, nuestro Señor. Es pasar del Dios conocido de la fe y razón, al Padre y Madre Dios desconocido de la mente humana.

Según el sermón a los hebreos, Jesús ni era sacerdote ni podía serlo por no ser de la estirpe de Leví. Es contundente, como Juan es contundente cuando dice que no fue Moisés el que nos dio pan del cielo con la ley y el templo. (Jn 6)

Este es el noble combate de la fe, que hoy continuamos, para pasar de la religión de la cristiandad, a la fe apostólica.

En la dirección de la eclesía de Tesalónica, Pablo no deja a ningún sacerdote encargado, con jurisdicción. Ni sacerdotes, ni pastores ni reyes: ninguna jeraquía de poder de unos sobre otros.

Pero Pablo no está solo. La pequeña comunidad tiene ya sus líderes locales a quienes el Apóstol exige que amonesten a los insumisos, que animen a los débiles y oprimidos, que socorran a los más necesitados. Por otra parte, pide a todos respeto para los líderes (12) y cariño y afecto por su trabajo (13). Ni Pablo hace de sacerdote ni los demás líderes.

No podía terminar sin recordarles de nuevo el don del Espíritu que está presente en toda la carta: la alegría, que debe caracterizar su vida de cristianos. Es interesante su exhortación final: «*No apaguen el fuego del Espíritu, no desprecien la profecía*» (19s), como animando a los tesalonicenses a poner al servicio de todos la diversidad de carismas y dones que habían recibido: «*busquen siempre el bien entre ustedes y con todo el mundo*» (15).

La santidad de Dios envuelve a los santos y elegidos que participan en la eclesía. En sus palabras finales, pide al Dios de la paz que los santifique totalmente: *espíritu, alma y cuerpo*. Es la única vez que aparece en las cartas de Pablo tal descripción del ser humano completo. La mención del cuerpo es intencionada, e insiste en que el cuerpo debe ser también santificado y no considerado como algo despreciable y secundario como lo consideraba la filosofía griega. Con referencia al «beso santo»

La santidad de Dios envuelve a todos los miembros activos de la eclesía; son santos canonizados. Pero no hay sacerdotes como tampoco mediadores celestiales ni mediadores terrestres. No se habla de jerarquía de pastores sacerdotales. No existía ningún clericalismo.

La humanidad no necesita una religión. Los dioses no saben resolver los problemas humanos. Si lo supieran ya los habrían resuelto.

El único Dios verdadero, Padre y Madre en Jesús, ha intervenido en Jesús para cambiar los egoísmos por la compasión de Jesús hasta la muerte por los hermanos. No se necesita una religión sino una experiencia concreta de misericordia, de gratuidad, de paciencia divinas, en las relaciones interpersonales. Ese es el nuevo sacrificio agradable a Dios.

Paso hacia la religión. Podemos imaginar este proceso en líneas maestras.

Jesús está presente porque yo hago lo que él hace. El me ama y muere por mí; y yo amo a mis hermanos como él me ama, y muero por ellos. Soy compasivo como él es el compasivo, y es el sacrificio agradable a Dios, y nosotros en la iglesia somos el sacrificio.

*Ya la Vulgata latina pone en labios de Jesús, en la última cena, los verbos en futuro, para decir que él interpreta su propia muerte como el sacrificio, la víctima. *"Éste es mi cuerpo que **será entregado: tradetur** (mañana viernes) en la cruz."* Jesús mismo interpretó su muerte como el de una víctima agradable a Dios como condigna satisfacción por nuestros pecados. Cuando yo miro a Jesús en agonía, o miro la Hostia que me muestra el sacerdote en la Santa Misa, veo la víctima divina que agrada a Dios y paga por nuestros pecados. *"Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo."*

Esto lo reconoce el Papa Benedicto en su libro, publicado cuando ya era papa. Según los textos originales, Jesús no usó el futuro sino el presente, que se refiere al pasado. Este es mi cuerpo que se ha entregado...Hasta en las misas de hoy decimos el futuro que empezó a usar la Vulgata.

**De ahí la cristiandad pasó a exclamar "Oh feliz culpa que nos mereció tal Redentor. He aquí el madero de la cruz del cual estuvo pendiente la salvación del mundo." Hasta la encíclica de Juan Pablo II. La Iglesia de la Eucaristía (2003).*

El c, 6 de Juan queda desplazado de la interpretación de la eucaristía y se concentra en el Gólgota, sacrificio cruento, e incruento en la Santa Misa.

Se desplazó la interpretación de Pablo, la de Juan y la de la carta a los hebreos sobre el sentido de la muerte de Jesús, que son eje del Nuevo Testamento.

Se dejó al Dios desconocido como Padre y Madre, y se volvió al Dios justo que exige una condigna reparación. Ya la muerte de Jesús no se puede comprender como muerte de nosotros por nuestros hermanos. Toda la iglesia ofrecía la víctima como compasión de Jesús.

*En cambio, para el sacrificio era necesario el sacerdote, y para la acción sacrificial se necesitaba el templo y, en el templo, el altar. Se inundó la cristiandad de templos y catedrales, de altares y de sagrarios. Y esta religión tan perfectamente diseñada se fue perfeccionando a través de los siglos. Hasta el Concilio Vaticano II. Y se garantizó con la certeza de que la tradición sagrada era segunda fuente de revelación divina. (*De duobus fontibus revelationis: Sobre las dos fuentes de revelación*).

¿Qué es lo que agrada a Dios, qué es lo que nosotros tenemos que hacer frente a Dios?

La fe apostólica no tiene ninguna duda: Este es mi Hijo muy amado, escúchenlo a él. Y Él tiene una sola respuesta: vivan en iglesia porque de esta manera se cambia el modo de ser hombres o mujeres, para ser Hijos de Dios como Jesús.

La cristiandad dijo que lo que agrada a Dios es el sacrificio de Jesús con méritos suficientes para todos los nombres y todos los pecados. De ahí, la abundante redención. De ahí también los tesoros de gracia y santificación que la jerarquía sacerdotal y religiosa reparte: *Potestas sanctificandi*.

Es conveniente que hagamos el ejercicio de acompañar la cristiandad en la transformación de la fe de los apóstoles, en la religión de la cristiandad.

Jesús ausente. Jesús se quedó en el cielo, está ausente: recemos: *"A ti clamamos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Éa pues, señora, abogada nuestra. Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre."*

Necesitamos unos ojos misericordiosos que nos miren. Y María nos mira. Se inundó la cristiandad de imágenes de María, con ojos misericordiosos. Su presencia bendita, nos consuela de la ausencia de Jesús. *"Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre."*

El credo oficial de la cristiandad obliga a creer: *"Subió a los cielos, y, desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos."*

La cristiandad dio otro paso fundamental: la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Jesús en el sagrario, Jesús en la misa, se hace presente y sensible. Lo vemos y lo tocamos con toda reverencia en la Hostia consagrada.

Y rezamos: *"Oh Dios que en este sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu pasión: del Gólgota, las llagas, la sangre, los azotes, la cruz y la muerte." No hay redención sin efusión de sangre."*

Concédenos venerar de tal modo los sagrados misterios de tu cuerpo y de tu sangre. Nuestra respuesta a Dios y a Jesucristo es una: **venerar de tal modo los sagrados misterios de tu cuerpo y de tu sangre.**

Queda desplazado Jesús que ama a los hermanos y muere, y en su lugar se entroniza la ceremonia religiosa de adoración, veneración y culto; y quedamos desplazados nosotros como continuadores de la acción de Jesús en la compasión con nuestros hermanos, y en su lugar se entroniza la ceremonia religiosa de adoración, veneración y culto.

Pedimos cumplir nuestra tarea oyendo misa y asistiendo a la presencia del Señor en el sagrario. Somos fieles si adoramos, lo que agrada a Dios es que veneremos y celebremos la memorial de la pasión.

Nuestra vida cristiana consiste en repetir hasta el fin del mundo: *"Por su dolorosa pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero."*

Así tenemos definidas dos características esenciales de la religión de la cristiandad: 1. La dedicación de los cristianos a la veneración de María, reina y madre de Dios, *teotocos*. en el cielo y de los santos canonizados y del cielo. Todo el año van desfilando para nuestra veneración recordando el sacrificio eucarístico. 2. La dedicación a la adoración de la presencia real de Jesucristo en la Hostia consagrada. Ya Jesús no está presente en la iglesia sino en algo tangible, religioso y sagrado que es la Eucaristía. Ahí tenemos templos, sacerdotes y ceremonias cuidadosamente definidas, que son la presentación y el testimonio de la religión de la cristiandad hasta el Concilio Vaticano II.

Y este proceso culmina cuando la teología llega a proclamar sin ninguna duda: *"La fuente y la cumbre de la vida cristiana es la Sagrada Eucaristía, la santa Misa, la presencia real de Jesús en la Hostia consagrada."*

*Según la fe apostólica, los ojos misericordiosos que necesitamos ver son los ojos de nuestros hermanos de iglesia, que de verdad nos aman. Esos son los santos cuyo apoyo incondicional necesitamos, porque ahí está la fuerza divina de vida eterna que Dios Padre y Madre promete por Jesucristo.

Y la presencia real que necesitamos es la de una unidad biológica, de un cuerpo con sus miembros y de la vid con los sarmientos. Esta es la experiencia y vivencia de comunión en Cristo que tenemos en la iglesia.

*Según la fe de la cristiandad, Dios llega a nosotros a través de María santísima, Madre Dios y madre nuestra. Dios está con nosotros a través de sus ojos misericordiosos en la vida hasta la muerte: *"Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte."* Clave de la fe cristiana la devoción y oración a María, Madre de Dios, y el rezo del santo Rosario.

Y en lugar de la muerte por los hermanos, la concentración religiosa de la cristiandad está en la Eucaristía, como sacrificio actualizado del

Gólgota, en el sacrificio incruento del altar. y como presencia real de Jesucristo.

La fe apostólica debe difuminarse o desplazarse discretamente como un misterio, el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia católica universal, con el soberano pontífice como cabeza infalible, con la tiara,

Imaginemos las vivencias de todos los santos durante más de mil años en nuestros países cristianos alrededor de María y alrededor de la Eucaristía, que hicieron sensible la presencia del Señor.

Así, en lugar de una historia por transformar por las nuevas relaciones interpersonales de amor mutuo, nos quedamos con una religión para repetir perpetuamente reviviendo el pasado de presencia física de Jesús el Señor, y pidiéndole a él con oraciones incesantes nuestras y de nuestros intercesores en el cielo y en la tierra. La religión nos pone como tareas indispensable hasta el fin del mundo: Nos declaramos pecadores y decimos: *"Por eso, ruego a santa María siempre Virgen, a los ángeles y a los santos..."*

La vida de las iglesias se perdió; pero no hay problemas, porque Jesús tiene la presencia real en la eucaristía. Solo que para disponer de la presencia real necesitamos, irremediabilmente, de los sacerdotes. Y eso se resuelve con oraciones incesantes por las vocaciones sacerdotales.

*Es interesante anotar que la cristiandad fue sensible a este problema, de cómo hacer sensible la presencia del resucitado. En la vigilia pascual, y en lugar de una imagen del resucitado nos educó a ver el resucitado como cirio pascual, incluso con las llagas. Recientemente se empezó a utilizar la **estatua** del Resucitado. Y en nuestras parroquias todos se apresuraron a comprar la estatua del Resucitado. Y está resuelto el problema de la presencia del Resucitado en la celebración pascual.

En las religiones el representante y mediador entre Dios y los hombres es un personaje central de la religión, es el sacerdote, que acapara el respeto y el papel de Cristo.

Con el agravante que el mediador entre Dios y los hombres, el sacerdote, se convirtió en el representante de poder, de la jerarquía. Así tenemos la presencia de Cristo con los tres poderes: mando o ejecución. legislar y juzgar y santificar. Así se formó la jerarquía con los tres poderes sacerdotales a la cabeza de la cual está el Sumo Pontífice.

Concluamos esta visión general de la cristiandad con una reflexión útil para nuestras relaciones con los monoteístas.

Se habla de las religiones del Libro. *¿De cuál libro?:* tres libros. Los judíos tienen la Biblia, el Antiguo Testamento. Los musulmanes, el santo

Corán y parte del Antiguo Testamento, ya que ellos consideran a Abrahán como el primer musulmán. La cristiandad tiene como libro una interpretación del Nuevo Testamento como religión.

Se debe distinguir entre las tres religiones y la fe apostólica que no entra en la categoría de religiones, porque supone relaciones con Dios dentro de la autonomía de la creación, con quien es humano.

San Mateo 25,14-30 Parábola de los talentos

(Lc 19,11-27)

14 Es como un hombre que partía al extranjero; antes llamó a sus sirvientes y les encomendó sus posesiones. 15 a uno le dio cinco bolsas de oro, a otro dos, a otro una; a cada uno según su capacidad. Y se fue.

16 Inmediatamente el que había recibido cinco bolsas de oro negoció con ellas y ganó otras cinco. 17 Lo mismo el que había recibido dos bolsas de oro, ganó otras dos. 18 El que había recibido una bolsa de oro fue, hizo un hoyo en tierra y escondió el dinero de su señor.

19 Pasado mucho tiempo se presentó el señor de aquellos sirvientes para pedirles cuentas. 20 Se acercó el que había recibido cinco bolsas de oro y le presentó otras cinco diciendo: Señor, me diste cinco bolsas de oro; mira, he ganado otras cinco. 21 Su señor le dijo: Muy bien, sirviente honrado y cumplidor; has sido fiel en lo poco, te pongo al frente de lo importante. Entra en la fiesta de tu señor.

22 Se acercó el que había recibido dos bolsas de oro y dijo: Señor, me diste dos bolsas de oro; mira, he ganado otras dos. 23 Su señor le dijo: Muy bien, sirviente honrado y cumplidor; has sido fiel en lo poco, te pondré al frente de lo importante. Entra en la fiesta de tu señor.

24 Se acercó también el que había recibido una bolsa de oro y dijo: Señor, sabía que eres exigente, que cosechas donde no has sembrado y reúnes donde no has esparcido. 25 Como tenía miedo, enterré tu bolsa de oro; aquí tienes lo tuyo. 26 Su señor le respondió: Sirviente indigno y perezoso, si sabías que cosecho donde no sembré y reúno donde no esparcí, 27 tenías que haber depositado el dinero en un banco para que, al venir yo, lo retirase con los intereses. 28 Quítenle la bolsa de oro y dásela al que tiene diez. 29 Porque al que tiene se le dará y le sobraré, y al que no tiene se le quitará aun lo que tiene. 30 Al sirviente inútil expúsenlo a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el crujir de dientes.

Podemos interpretar esta parábola como un llamado a la responsabilidad personal, ante la voluntad de Dios, el cual tomará cuentas rigurosas. Y la invitación es al miedo y al temor de Dios.

Y el temor es paralizante. La religión del mandamiento y de la ley produce estatuas de sal como la mujer de Lot. Se trata del Dios conocido que es juez y castigador y ante él nos movemos por el temor a las cuentas que hay que dar. Por eso , pedimos a la Virgen cincuenta veces cada día: *"Ruega por nosotros, ahora, y en la hora de nuestra muerte."* Nos traumatiza el momento de la muerte.

El punto de tensión de la parábola está en la escena de la rendición de cuentas, y de manera especial en la conducta del sirviente demasiado precavido y temeroso de las cuentas. La cristiandad ha tenido muy presente al Dios justo y exigente. Hasta nos presentó como dones del Espíritu Santo la sabiduría del cumplidor y el temor de Dios. Pentecostés y el santo temor de Dios. Y el resultado son nuestros cristianos pasivos, miedosos y precavidos.

Los discípulos de Jesús tienen que hacer fructificar los bienes del reino durante el tiempo que se les concede. No como negociantes sino de manera gratuita, en el tiempo de la eclesía, oportunidad de morir como Jesús, en favor de nuestros hermanos y amigos.

El que no hace fructificar los dones recibidos, de manera gratuita con sus hermanos, arriesgando perder para crear el amor y los Hijos para el Padre, no responde al proyecto de Jesús. De ahí la necesidad de salir de la religión del mandamiento y de la ley, a la fe de los apóstoles de arriesgarlo todo, de morir, por los hermanos

El balance de la ética de la cristiandad de los que se culpan de continuo como pecadores, escrupulosos y precavidos, es un mundo herido y adolorido.